



Incaminato, Natalí Antonella. "Notas sobre la "Teoría francesa" en la crítica argentina de los años 80 y 90: literatura y política".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, julio de 2023, vol. 12, n° 28, pp. 33-44.

Notas sobre la "Teoría francesa" en la crítica argentina de los años 80 y 90: literatura y política

Notes on "French theory" in Argentine criticism of the 80s and 90s: literature and politics

Natalí Antonella Incaminato ¹

ORCID: 0000-0003-0340-2059

Recibido: 14/04/2023 || Aprobado: 04/06/2023 || Publicado: 14/07/2023

Resumen

En las décadas de los ochenta y noventa, el impacto de Deleuze, Foucault y Derrida en la crítica literaria argentina fue insoslayable; las lecturas, usos, desvíos y torsiones de las formulaciones de los autores franceses dieron lugar a nuevas intervenciones críticas y debates teóricos en nuestro país. En el presente artículo indagaremos los cuestionamientos de Beatriz Sarlo a las teorías del llamado "postestructuralismo" -en especial de Foucault- y daremos cuenta de los modos en que los libros de Josefina Ludmer, Jorge Salessi, Alan Pauls y Alberto Giordano proponen nuevos modos de comprender y leer lo político y la politicidad de la literatura, formas singulares que diferencian la recepción argentina de la recepción norteamericana de la "French Theory" según François Cusset.

Palabras clave

Teoría francesa; crítica literaria argentina; política

Abstract

In the eighties and nineties, the impact of Deleuze, Foucault and Derrida on Argentine literary criticism was unavoidable; the readings, uses, deviations and torsions of the formulations of these French authors gave rise to new critical interventions and theoretical debates in our country. In this article we will investigate Beatriz Sarlo's questioning of the so-called "post-structuralist" theories -especially Foucault- and we will explain the ways in which the books of Josefina Ludmer, Jorge Salessi, Alan Pauls and Alberto Giordano propose new ways of understand and read the political and the politics of literature, singular forms that differentiate the Argentine reception from the North American reception of the "French Theory" according to François Cusset.

Keywords

French theory; argentine literary criticism; politics

¹ Doctora en Letras por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Docente adjunta de la cátedra "Metodología de la Investigación literaria" en la misma casa de estudios. Becaria posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Universidad Nacional de La Plata. Contacto: natalincaminato@gmail.com



La recepción de Michel Foucault, Gilles Deleuze y Jacques Derrida en Argentina forma parte de uno de los grandes nudos problemáticos de la teoría y la crítica en nuestro país: la cuestión de las relaciones entre “centros” y “periferias”, entre países productores de teorías y países que receptan, traducen y usan esas teorías. Argentina se caracteriza por una relación muy intensa con el campo teórico francés, al punto de ser caracterizada por Jorge Panesi como “perdida colonia teórica francesa” (11).² La institucionalización de la crítica literaria en los años de la posdictadura intensificó ese vínculo con autores franceses y, a su vez, modificó de forma profunda la biblioteca teórica de la lectura literaria, especialmente a raíz de los usos de Foucault, Deleuze y Derrida. (Funes; Vitagliano; Lacalle y Migliore; Lacalle y Bogado; Gerbaudo; Louis).

El estatuto de la “teoría” en esos años posdictatoriales ha sido objeto de distintas interpretaciones, en particular con respecto al alcance que tuvo su renovación y las continuidades y discontinuidades con los años anteriores. Diego Peller en su artículo “Dos primaveras, ¿hacen verano? La institucionalización de la teoría literaria en la Argentina y sus relatos” discute la visión según la cual la “falta” de desarrollo de la teoría se vincula con la interrupción institucional que implicó la dictadura, dado que desde esa hipótesis resulta difícil explicar los motivos por los cuales, desde el retorno de la democracia hasta el presente, no se produjo el esperado “floreamiento” de una teoría literaria argentina con perspectiva latinoamericana. Este señalamiento es particularmente relevante para reflexionar sobre los modos en que Foucault, Deleuze y Derrida fueron leídos en nuestro país y su diferencia con la constitución de la “French Theory” en Estados Unidos: las operaciones de “importación” y traducción de los autores franceses en ese país se constituyeron como un cuerpo teórico reconocible, con sus propias “firmas” y corrientes herederas de la deconstrucción, de los estudios foucaultianos o deleuzianos. Esto se debe, según François Cusset, a una fuerte red de universidades y editoriales, “mercados” fundamentales para la invención de la “French Theory” (11).

En nuestro país, además de la debilidad relativa de dichos “mercados”, se acentúa una tradición más bien traductora y lectora de teoría para ser usada en textos críticos sobre literatura argentina, tarea que forma parte de la autopercepción de varias firmas, tales como Noé Jitrik, Nicolás Rosa o Josefina Ludmer. Esta tradición, asimismo, es objeto de valoraciones diferentes, que vuelven sobre el problema del estatuto de la teoría. En la introducción al dossier “Presentación. Circulaciones latinoamericanas de la teoría” de Revista Landa, Max Hidalgo Nácher reflexiona sobre los usos de las teorías en los críticos latinoamericanos y observa una inflexión en ellos que puede resumirse con la frase de Nicolás Rosa “Somos lectores de lo universal, pero escritores de lo particular”; o sea, los críticos establecen una relación de reapropiación de los conceptos en elaboraciones críticas de las literaturas locales. Hidalgo Nácher vincula este modo de operar con los planteos de Miguel Dalmaroni, quien en “Hasta que la muerte las separe. Crítica literaria y teoría en la Argentina (algunas notas)” caracteriza el pensamiento escrito sobre literatura en la Argentina como crítica, y no como teoría: “en la Universidad argentina los profesores de teoría literaria investigan y escriben sobre problemas de historia crítica de la literatura. Aquí la teoría literaria no se escribe, solo se enseña” (102). Hidalgo Nácher pretende visualizar en estas

² El “hiperteorismo” y “afrancesamiento” son tópicos sobre la crítica desde un periodo anterior al que abarca este trabajo, tal como demuestra Diego Peller en su Tesis *Pasiones teóricas en la crítica literaria argentina de los años setenta*: “Defensores y detractores han coincidido en que el “hiperteorismo”, el “afrancesamiento teórico”, el tenor altamente teórico de las disputas ideológicas, habría constituido un rasgo distintivo de aquella época, y particularmente de los años 70” (10).

afirmaciones un “prejuicio” que haría de la teoría literaria un fenómeno “central” que “reverberaría, muchas veces de forma pobre o deformada, en las «periferias» latinoamericanas” (150).

Por el contrario, desde nuestra perspectiva, no constituye una contradicción sostener la falta de teoría producida en Argentina y, a la vez, afirmar y valorar la productividad de los “usos” que la crítica literaria lleva a cabo; tal como señala Nora Catelli, “somos periféricos” pero no existe un solo modo de serlo (194), con lo cual es necesario revisar la insistencia en el carácter dislocado o deformado de los usos de la teoría, insistencia que parte de cristalizaciones y cronologías que ponen en primer plano la relevancia de los trabajos teóricos norteamericanos y su irradiación en otros lugares. Acentuar entonces la “productividad” antes que la “deformación” en los usos de las teorías permite dar con las singularidades y diferencias en la repetición de las categorías teóricas.

El citado trabajo de Catelli jerarquiza la cuestión de la lectura y la traducción para pensar el lugar de la teoría en nuestro país y, en ese marco, discute con la visión de J. Hillis Miller, una de las figuras claves de la deconstrucción. El crítico da por sentado que los trabajos teóricos norteamericanos se traducen y son asimilados en otros países, centralidad que la investigadora discute a partir de la reconstrucción de traducciones y lecturas muy tempranas de textos franceses en Argentina, incluso anteriores a las circulaciones estadounidenses: tal es el caso de una traducción al castellano del encuentro en Baltimore de 1966, en el que participaron, entre otros, Derrida, Paul De Man, Barthes, y que circulaba en Rosario en 1972. A raíz de dicha reconstrucción, Catelli afirma “tal vez la insistencia en el carácter dislocado o deformado de nuestros usos de la teoría y la crítica sea simplificadora, porque indirectamente presupone una única cronología dominante” (196). En este sentido, el objetivo de “revivir” la lectura de la versión castellana del encuentro de Baltimore y su circulación es “desplazar esa centralidad y mostrar, ante nosotros mismos, su insuficiencia” (196).

Si bien sostenemos la importancia de comprender los modos de circulación de la teoría en Argentina que desafían las cronologías impuestas, consideramos que es conveniente señalar la diferencia entre traducciones, lecturas tempranas y una efectiva constitución de la “Teoría” como disciplina en Argentina: el hecho de que la intervención derrideana en Baltimore haya circulado en los setenta no significó, por distintos motivos, el desarrollo de una corriente o escuela de teoría literaria deconstruccionista o derrideana. En esta línea, seguimos la “simplificación” de Miguel Dalmaroni, quien afirma que “el pensamiento escrito sobre literatura en la Argentina es crítica literaria argentina, no teoría” (“Hasta que la muerte” 102); en nuestro país, la teoría se enseña, traduce y se “usa” para leer, sobre todo, literatura argentina. Un caso paradigmático es el de Josefina Ludmer, quien protagonizó en los ochenta la renovación de la teoría literaria en el país –marcada en buena medida por Foucault, Deleuze y Derrida– y, no obstante, los libros que publica en esa década “no están dedicados a desarrollar temas teóricos, sino a algunos de los grandes tópicos, libros y autores de la literatura nacional” (Dalmaroni, “Hasta que la muerte” 106).

Desestabilizar las cronologías dominantes (articuladas principalmente en la academia norteamericana) así como también explorar los modos singulares en que se ha leído a Foucault, Deleuze y Derrida, no implica desestimar el peso que tuvo la constitución de la “French Theory” en Estados Unidos y las relaciones, incluso institucionales, que la misma entabló con la crítica argentina, dado que varias firmas publicadas en el período posdictatorial estudiaron en universidades norteamericanas y oficiaron como agentes traductores y difusores de esas experiencias de investigación; el caso más paradigmático es el de Josefina Ludmer.

En el prefacio a la edición en inglés de *French Theory: How Foucault, Derrida, Deleuze, & Co. Transformed the Intellectual Life of the United States*, François Cusset define la teoría como un raro objeto textual “americano”, nacido en los años de entreguerras o en los

setenta, según distintas periodizaciones, pero que hoy se define como “a strange breed of academic market rules, French (and more generally Continental) detachable concepts, campus-based identity politics, and trendy pop culture” (11). Para este autor, la dimensión institucional en la recepción de Foucault, Deleuze y Derrida en Estados Unidos y la constitución de la “Theory” como disciplina es fundamental: la misma determina las “modas” teóricas y sus “mercados”, los conflictos, alcances y las “resistencias a la teoría” (Paul De Man). En la construcción de ese “raro objeto textual”, las obras y categorías de Foucault, Deleuze y Derrida fueron transformadas y recortadas de distintos modos, y es ese el objeto de indagación de Cusset. Según este autor, los desvíos y metamorfosis culturales que las obras de los autores sufren en “the American invention of French theory” son tres: la cuestión “francesa” de la escritura pasa a ser la cuestión “americana” de la lectura; el problema del capitalismo tardío se convierte en el problema de la identidad cultural y, por último, la idea de “micropolítica” es convertida en una cuestión asociada a conflictos simbólicos (14, subrayado en el original). Estos nudos que Cusset examina forman parte de problemas asociados a la corriente posmodernista, y varios autores han incluido a Foucault, Deleuze y Derrida en esa línea (Casullo). Si bien es insoslayable la importancia que tuvo el posmodernismo en la articulación, interpretación y recepción de los tres autores franceses, consideramos que retomar el problema de algunos usos en Argentina desde la idea de “French Theory” nos permite reflexionar sobre la singularidad de esas firmas teóricas y discutir con las afirmaciones de Cusset sobre su recepción norteamericana, alejando el foco de la discusión sobre modernismo y posmodernismo aunque, por supuesto, ese horizonte de debates opere como marco en varias de las intervenciones críticas que analizaremos.

Los casos de usos críticos de Foucault, Deleuze y Derrida que desarrollamos a continuación indagan el problema de lo político y demuestran algunas diferencias con estas torsiones norteamericanas. Los modos en que los conceptos y perspectivas de los autores franceses fueron leídos por los críticos argentinos, aún a partir de relaciones con la academia norteamericana, están constituidos por tradiciones locales, tensiones, recortes y ambivalencias que no sólo acentúan su singularidad, sino que además aseguran la pervivencia de algunos de los problemas asediados desde Foucault, Deleuze y Derrida.

Resistencias: Sarlo y “la teoría francesa”

Algunas intervenciones de Beatriz Sarlo en los ochenta y noventa constituyen alejamientos o señalamientos críticos de la influencia de la teoría “postestructuralista” en los estudios literarios, en especial de Foucault y Derrida. Miguel Dalmaroni, en un trabajo sobre la operación de recepción de Raymond Williams en *Punto de Vista*, considera que es clave en esta operación la necesidad de Sarlo y Altamirano de escapar de la teoría francesa, pensada por estas dos figuras claves del campo intelectual como “lenguajes de temporada”, “catecismo”, “bautismo”, y a los críticos que la retomaban como “atrapados en la conexión francesa” (“La moda” s/p); como alternativa contra estas “modas teóricas”, Sarlo proponía una lectura de los culturalistas ingleses.

De manera más específica, en la década del noventa, los distanciamientos y las críticas de Sarlo con los autores de la “French Theory” o del llamado “postestructuralismo” apuntarán específicamente a Michel Foucault.³ A pesar de ser un autor trabajado por Sarlo en sus clases

³ A propósito de la crítica borgeana, José Luis De Diego visualiza un desplazamiento a partir de “Literatura y política” de Beatriz Sarlo: si en los años setenta se efectuaron, gracias a los teóricos franceses, dos operaciones críticas en torno a Borges que consistieron en su revalorización “desde afuera” y, además, en el señalamiento de la coincidencia de las llamadas “teorías del texto” con planteos teóricos que Borges había ficcionalizado,

de la década del ochenta para leer *Los siete locos* de Roberto Arlt (*Clases*), en las postrimerías de los noventa la autora polemiza con la canonización del autor de Vigilar y castigar en el marco de la consolidación de los llamados “Estudios culturales” en Estados Unidos, con sus respectivos alcances en América Latina. Dicha canonización estableció a Foucault como figura insoslayable en varias de las líneas de los *Cultural studies*: las “políticas de la identidad”, los estudios poscoloniales y, de forma muy productiva, en los estudios de género (During; Cusset).

En “Los Estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa” la autora afirma que vivimos entre las ruinas de la “revolución foucauldiana” (sic) y el consecuente aprendizaje del inevitable ejercicio de poder toda vez que hay discurso; por lo tanto ya no se podría seguir hablando de los textos literarios sin examinar las relaciones de poder que encubren e imponen con la eficacia de una “máquina de guerra”. Sarlo prosigue y menciona una supuesta corrección de Michel de Certeau al “primer Foucault”, según la cual no solo hay poder en donde hay discurso, sino también estrategias de lectura en tanto respuestas activas. En un artículo anterior publicado en *Punto de Vista*, “Raymond Williams: una relectura”, Sarlo ya había marcado su distancia teórica con cierta recepción del autor de *Vigilar y castigar*, según la cual “el poder del saber y de los aparatos ideológicos, que era el poder de las clases dominantes, operaba sin fisuras sobre y detrás de los actores sociales”, lectura reduccionista pero que “el propio Foucault hacía posible” (12-13). Ante esa mirada, la lectura de Williams en Argentina fue “un desvío hacia afuera de la ideología francesa” (12-13).

Sarlo lleva a cabo algunos recortes y torsiones del pensamiento de Michel Foucault al proponer la infalibilidad del poder en ese autor, al no reparar en su estatuto productivo y microfísico y no recuperar la importancia de la resistencia. Estos sesgos y torsiones que establecen una linealidad entre la literatura y las configuraciones históricas de poder, sin embargo, ya operaban en la reapropiación de Foucault en los estudios literarios norteamericanos (During, 192) y podían visualizarse en algunos trabajos de la crítica literaria argentina de los noventa. A contrapelo de las concepciones que cuestiona, Sarlo sostiene un modo de comprender la relación entre política y literatura, entre sociedad y cultura, que busca oponerse a los autores de la pujante teoría francesa en los estudios literarios en Argentina: Foucault sobre todo, pero la noción de “máquina de guerra” criticada también incluye a Deleuze.

Ante estas oposiciones de Sarlo y de algunas firmas en *Punto de Vista*, en la década del ochenta pero especialmente en los noventa, una serie de escrituras críticas adoptaron o indagaron otros modos de politicidad, pensados desde Derrida, Deleuze y Foucault; se trata de formas que consideraron de otro modo lo “político” en general y lo político en la literatura, ya sea en la interrogación de lo “menor”, en el desmontaje de los juegos de poder institucionales, en la reflexión teórica sobre la ley del Estado o en la consideración del poder como red y como disciplinamiento.⁴

posteriormente, en los ochenta, estas marcas de la crítica francesa perderían peso; según De Diego, la lectura “procesada en la teoría literaria” de los setenta contrasta con un modo de leer en los ochenta que abandona “los postulados de la crítica francesa” (268). Si bien estas afirmaciones se sustentan en los dos críticos que elige De Diego –Beatriz Sarlo y Ricardo Piglia– y apuntalan nuestros planteos de las posiciones teóricas de la primera, la relevancia de la crítica francesa en Josefina Ludmer permite discutir la hipótesis de abandono.

⁴ El cuestionamiento a la “teoría francesa” no incluye, por supuesto, a Roland Barthes; el citado artículo de Dalmaroni demuestra incluso cómo las operaciones de lectura de Williams en *Punto de Vista* se efectuaron desde una mirada barthesiana (“La moda” s/p).

Políticas de la teoría, de la crítica y de la literatura

Francois Cusset, tal como mencionamos anteriormente, propone una serie de transformaciones de la teoría francesa en Estados Unidos que se vinculan con lo político: el problema del capitalismo se convierte en el problema de la identidad cultural y la “micropolítica” se asocia a conflictos simbólicos (14, subrayado en el original). A partir de estos énfasis, Foucault, Deleuze y Derrida fueron reapropiados políticamente a partir de apuestas interpretativas que constituían una denegación de las fuerzas del mercado, de las posiciones sociales y de los contextos.

Si bien el “giro” cultural de estos desplazamientos se encuentra en varios trabajos argentinos de los ochenta y los noventa, las reapropiaciones de las firmas críticas más importantes, en especial de Josefina Ludmer, incorporan otros elementos y lecturas que tensionan las formulaciones de los autores de la teoría francesa y alejan los usos de la crítica argentina de los usos norteamericanos más salientes. Uno de los nudos que manifiesta dichas torsiones es la relación entre literatura, política y Estado; en investigaciones como *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina* (Buenos Aires: 1871-1914) de Jorge Salessi, *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria y El cuerpo del delito. Un manual*, de Josefina Ludmer, la perspectiva del postestructuralismo (en el caso de Salessi, específicamente la foucaultiana) es fundamental y convive con la centralidad del Estado. Estas obras comparten un desvío (en mayor o menor medida) del pensamiento foucaultiano en la asimilación que llevan a cabo entre el poder y lo estatal, sin embargo, a pesar de dicha asimilación, sus planteos con respecto al estatuto de la literatura son distintos.

Médicos, maleantes y maricas desarrolla una investigación en línea con los estudios culturales en su vertiente foucaultiana y considera a los textos literarios como parte de los discursos de control y disciplinamiento, con lo cual se engloba dentro del tipo de estudios que Sarlo cuestiona en 1997. El libro asedia textos publicados bajo el impacto de la gran epidemia de fiebre en 1871: los escritos de Eduardo Wilde, diversos documentos de administración sanitaria, ordenanzas, textos científicos, criminológicos y literarios, con el foco puesto en la disciplina de la higiene y su utilización para diseminar nociones sobre género, clase social y respetabilidad burguesa. Esta perspectiva generó una serie de objeciones de María Teresa Gramuglio en *Punto de vista*, a raíz de la lectura que Salessi esboza sobre “El matadero” de Esteban Echeverría. Según el investigador, el relato establece una homología entre la mezcla y la barbarie en línea con la empresa higienista de separación de flujos y de control poblacional. Gramuglio cuestiona estos asertos en “La crítica de literatura. Un desplazamiento” colocando el citado análisis sobre “El matadero” (y a todo el libro de Salessi) en la égida de los estudios culturales y su demanda “en un sentido casi judicial” a la literatura culta, “por funcionar como parte de los dispositivos del control que los sectores dominantes ejercen sobre los oprimidos, subalternos o diferentes, sean ellos clases, razas o géneros” (5-6). Según esta perspectiva,

“El matadero” es un refuerzo del control ejercido desde los sectores dominantes, que estigmatizaban los mataderos y los cementerios no por un principio racional de higiene, como ingenuamente se podría suponer, sino acosados por una ansiedad casi inexplicable, generada en el imaginario cultural del periodo, que los llevaba a demonizar toda mezcla. (5-6)

Además de este párrafo cargado de ironía, califica de “foucaultismo a ultranza” trabajos como los de Salessi y critica su afán de denunciar toda acción política, cultural y hasta sanitaria emprendida desde cualquier institución, la literaria inclusive, como un sospechoso ejercicio de

control de toda mezcla, transgresión, y desvío. Más allá de la remisión a Foucault sin reparar en las torsiones que lleva a cabo Salessi (la idea de “a ultranza” no alcanza para dar cuenta de tales usos y desvíos) Gramuglio es certera en cuanto a la lectura que el crítico propone. Si bien se afirma que “El matadero” es un texto que “confunde los espacios de adentro y afuera” (Salessi 74), el motivo del derrame de sangre que mezcla los cuerpos, así como la ambivalencia genérica del toro que prefigura al unitario –los dos nudos centrales del análisis– se leen como parte de “la metáfora central de la mezcla de categorías que significaba barbarie irracional y diabólica” (70) y no, por caso, como una serie de mezclas que la literatura pone en juego y que, en la lectura, pueden tener otros efectos incalculables y divergentes con respecto a las intenciones autorales y dominantes.

En contrapartida, las lecturas de Josefina Ludmer sostienen la relevancia del Estado y el poder pero no subsumen linealmente los textos literarios a la esfera del poder. Siempre subsiste un resto o una ambivalencia en la literatura que efectúa una resistencia ante la ley o ante el Estado. Parte de ese modo de leer se debe a cómo *El género gauchesco* y *El cuerpo del delito* articulan la perspectiva foucaultiana (y en el caso del primer título, también deleuziana) con varios aspectos de la lectura deconstructiva de Jacques Derrida. Ludmer se aleja de las correspondencias lineales entre la literatura y los dispositivos de dominación gracias a esta combinación teórico-crítica y a su uso selectivo de los presupuestos de los estudios culturales.

En *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*, los trabajos foucaultianos que Ludmer usa son, fundamentalmente, *Vigilar y castigar* y *Microfísica del poder*; de ellos recupera la idea del pasaje de legalidades que afecta a los sujetos populares y la importancia del uso de los cuerpos mediante las disciplinas y las resistencias. La poesía gauchesca es una institución disciplinaria y, en tanto tal, es complementaria al uso de los cuerpos de los gauchos. Sin embargo, la literatura gauchesca está también atravesada por la indecidibilidad y la ambivalencia, para Ludmer “lo que importa para la literatura es la indefinición, la discrepancia” y la materia literaria fundamental del género es la “oscilación de sentido entre el uso del cuerpo y de la voz” (29). La misma palabra “gaucho” es territorio de varios sentidos: “patriota” y “valiente” se ligan con el sentido dado por la ley, “delincuente”, sin anularlo, y el uso diferencial de dichas oscilaciones no es lexicológico o etimológico sino “literario y político” (30).

En *El cuerpo del delito* es fundamental, en su lectura de la literatura argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, el vínculo foucaultiano entre saber y poder en el “mapeo” de la vida privada y la configuración de las diferencias sociales y sexuales. Varias nociones del primer tomo de la *Historia de la sexualidad* de Foucault apuntalan la puesta en primer plano de lo marginal, de lo menor y de la literatura “en delito” ante el Estado: los “cuentos” de criminales dicen “verdades” sobre el poder, no convergen con los discursos de control y sus sistemas de exclusiones sino que, por el contrario, los desnudan. Además, Ludmer plantea, por momentos, una idea que no existe en Salessi: la prelación de la literatura con respecto al discurso científico, al señalar cómo, junto con el sujeto positivista en 1880, aparecen los simuladores y los locos que después van a ser el punto de partida de las ciencias sociales: “antes de que Ramos Mejía, Ingenieros, etcétera, empiecen a pensar el problema de la simulación, aparece en la literatura.” (“Los géneros” 31).

La citada investigación de Cusset adjudica el éxito de Foucault, Derrida y Deleuze en las universidades norteamericanas y en muchas del “tercer mundo” al alejamiento de esos autores del marxismo clásico, a veces incluso visualizados como “anti-marxistas”; mientras en Francia, a inicios de los ochenta, los tres filósofos eran cuestionados por sus vínculos con “lo peor” de la izquierda marxista.

Si bien, como hemos visto, los usos de los filósofos suponen en varias firmas críticas argentinas un modo distinto de categorizar y de pensar la política con respecto a otras perspectivas vinculadas al marxismo –en concreto, el marxismo williamsiano de *Punto de*

vista– la permanencia de algunas preocupaciones y nociones ligadas a esa corriente, especialmente en los textos de Ludmer, permite refutar la hipótesis general de Cusset sobre el “éxito” de Foucault, Deleuze y Derrida por su alejamiento del marxismo; además, los usos críticos argentinos no niegan simplemente las posiciones sociales y los contextos: en esta línea se encuentran los posicionamientos críticos de Josefina Ludmer sobre la recepción de las teorías, no sólo en las torsiones de los conceptos que lleva a cabo, sino también en sus manifestaciones sobre la necesidad de usar creativamente conceptos que no se adecúan, por cuestiones políticas e históricas, al contexto argentino.⁵ Al respecto, Ludmer reflexiona:

Yo me acuerdo que en la época en se empezó a leer Foucault a mí la idea de un poder descentrado no me convencía. Acá, durante la dictadura, el poder estaba totalmente centrado. Entonces ¿cómo se lo podía discutir? ¿Qué tipo de productividad tenían esas ideas? ¿Cómo podríamos repensar lo nuestro a partir de eso? (“El lugar” s/p).

Las respuestas a esos interrogantes se configuraron en una serie de combinaciones de la “Teoría francesa” con perspectivas vinculadas al marxismo: Ludmer, sostiene algunas concepciones althusserianas sobre el “aparato de Estado” y continúa varios núcleos críticos de Contorno y de David Viñas: la violencia como un eje constitutivo de la literatura y la cultura y la concepción de la lectura crítica como intervención política que debe tomar partido (Peller, “Viñas” 13-15). Por su parte, *Médicos, maleantes y maricas* de Salessi también recupera varias hipótesis de Viñas sobre la literatura argentina en su vínculo con la violencia de las clases dominantes. Estas combinaciones efectuadas en tres títulos muy importantes de la crítica argentina de los ochenta y noventa muestran una singularidad de algunos usos de Foucault, Derrida y Deleuze en Argentina, dado que las obras de estos filósofos, especialmente los dos primeros, suponen una serie de distanciamientos con el marxismo sartreano. Más allá de esta lógica opositiva, Ludmer y Salessi remiten a Viñas, crítico ajeno al uso de las perspectivas “postestructuralistas”. Estos nexos con algunas dimensiones de los textos de David Viñas y, en general, la importancia que tiene la crítica al Estado y a los sectores dominantes en varias hipótesis de Ludmer y Salessi permiten afirmar una particularidad de la lectura de los filósofos franceses en Argentina que dista de la que, según François Cusset, caracteriza a la recepción norteamericana.

Además de la especificidad de los usos argentinos, la teoría francesa a la que referimos operó como principio de delimitación y de polémicas en el campo de la crítica en nuestro país. A pesar de la politicidad de sus textos, las lecturas de Josefina Ludmer iban a contramano de algunas apuestas de intervención política de Beatriz Sarlo y de *Punto de Vista* ante distintas coyunturas históricas. Miguel Dalmaroni señala un posicionamiento ante el contexto político argentino, en un periodo en el que la crítica argentina focalizó y comenzó a privilegiar la preocupación por las relaciones entre literatura, o cultura, y Estado. Con respecto a *El cuerpo del delito*, nota un “arrastre anarquista” con ecos de Deleuze y su idea de lo estatal como “máquina de guerra”; “Estado” es en el libro, entonces, “menos una categoría fundante de una teoría de la sociedad o de la política, que la noción central de una teoría de la violencia” (La

⁵ La lectura y el trabajo de Josefina Ludmer con los conceptos y movimientos de lectura derrideanos han sido objeto de varios análisis; Analía Gerbaudo establece nexos entre ciertos protocolos críticos y teóricos del filósofo y Ludmer (“Al margen de”) y se detiene en la importancia de Derrida en sus clases dictadas durante la década del ochenta (“El Derrida”). Para un análisis del “uso” de algunos conceptos del autor en sus clases y en *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* remitimos a nuestro trabajo, artículo en el que han sido fundamentales las hipótesis de Jorge Panesi sobre las relaciones entre Derrida y Ludmer, desarrolladas en sus clases de la materia “Teoría de la crítica” (Universidad Nacional de La Plata), en el marco del programa “El crítico y sus teorías”, dictado en el año 2013.

palabra, 106), ante la cual los “cuentos” son leídos como respuesta, sustracción, burla o ataque, como es el caso de la figura predilecta de Ludmer, Moreira. Por estos motivos, Dalmaroni afirma que el libro quiso ser

una intervención extremadamente definida, en relación con un contexto de preocupaciones de la crítica argentina del que no está ausente el sueño de una totalidad en la que cultura y política resulten pensables por fuera de una forma de Estado consustancial con su legitimación por la violencia (110).

Entre los defensores del Estado se contaban grupos como *Punto de vista* o el *Club de Cultura Socialista*, “más o menos alfonsinistas, más o menos habermasianos, más o menos antiperonistas” (110). Ante esos posicionamientos, Josefina Ludmer parece haber sido quien llegó más lejos al respecto, sobre todo en *El cuerpo del delito. Un manual*, que presentó como un libro ajeno a la “seriedad”, y del que admitió en un tono frívolo deliberado que podía ser un libro “menemista” (Dalmaroni, *La palabra* 110). Más allá de la frivolidad deliberada de la autora, las torsiones “anti estatistas” de Foucault (en línea con el mentado “arrastre anarquista”, más cercano a Deleuze) permiten afirmar la relevancia de esas lecturas teóricas que, en buena medida, se mantienen desde El género gauchesco y que dialogan de forma distinta en términos de intervenciones en la “actualidad”, según el periodo histórico en el que se escriben y publican los libros.

Más allá del Estado como nudo fundamental, de la mano de la teoría francesa o “postestructuralista” se articularon otras miradas sobre lo político y la literatura en las décadas que nos ocupan. El trabajo de Alan Pauls Manuel Puig. *La traición de Rita Hayworth*, publicado en 1986, retoma fundamentalmente la idea de “littérature mineure” de Deleuze y Guattari (1975) para subrayar el carácter “inmediatamente” político de la literatura. Desde esta perspectiva, caracteriza en términos de “devenir” los movimientos de Toto, el protagonista de la obra: “la lógica de Toto es intensiva, plantea otra clase de devenir”, hecho de acontecimientos y cortes que no admiten representación, en contraste con la lógica de cronología lineal de la novela (Pauls 19). La politicidad de *La traición de Rita Hayworth* consiste en la creación de devenires que se fugan de la representación y de las clasificaciones sociales binarias.

Por su parte, Alberto Giordano intensifica la inmanencia de lo político en la literatura en el libro Manuel Puig. *La conversación infinita*, su tesis doctoral publicada en 2001 pero cuya investigación inicia en los noventa. Desde las ideas deleuzianas de “literatura menor” –en tanto devenir menor de lo mayor– y de “diferencia”, Giordano lee en Puig la paradoja de la “diferencia de sí”, diferencia de las novelas consigo mismas, que imposibilita la clausura de toda identidad. Esta puesta en cuestión de la posibilidad de delimitar identificaciones sociales se pone en juego para señalar los límites de la crítica de Puig, guiada por las oposiciones de los valores culturales, tales como lo “alto” y lo “bajo”. En un intento por escribir aquello que sucede en la lectura y que excede esos antagonismos, Giordano piensa la “diferencia” y lo “menor” como acontecimientos singulares en las novelas, y lo político reside justamente en ese poder de interrogación y de impugnación de los valores.

Pauls y Giordano, asimismo, piensan el problema del género y la sexualidad en Puig; en este sentido, pueden vincularse a las escrituras críticas anteriormente mencionadas que consideran de forma renovada la politicidad de esta zona. Parte de la importancia de Derrida, Deleuze y Foucault en la crítica argentina es la relevancia del género y la sexualidad como parte de lo “político”; con lo cual, lejos de la lógica cronológica de las modas teóricas o el problema de los “fines” de la teoría (Ludmer, Aquí América; Cusset), hay un diálogo insoslayable entre varios debates actuales en torno al género, la sexualidad y el feminismo e investigaciones como las que hemos abordado. El libro de Alberto Giordano, aunque subraye

el cuestionamiento de toda identidad –incluso la identidad de lo “menor” erigida como un valor– no deja de ser una lectura de Puig desde Deleuze que, en línea con Alan Pauls, deshace las certezas de la identidad sexual sobre las que se erigen las normalizaciones en este aspecto.

En el caso de Josefina Ludmer, la “restitución” o la inclinación por lo menor, en línea con ciertas cristalizaciones del “postestructuralismo”, supone una intervención política en las “luchas” actuales en el sentido de contribuir a una nueva politicidad que incluye preocupaciones tales como el género y las exclusiones legales, y que visualiza en esas figuras “marginales” la posibilidad de decir la verdad (violenta) del Estado. En *El cuerpo del delito*, ambas luchas se conectan, tal como explica la propia autora:

yo veía el trabajo de “Mujeres que matan” y el trabajo sobre Moreira como totalmente paralelos, digamos, delincuentes populares y mujeres, los dos atacaban al Estado, o a representantes del Estado directamente y en cierto modo los dos son textos que parten desde el 80 y llegan hasta la actualidad (*Encuentro 4*).

En este punto, el impulso crítico y la valoración de la literatura que propone se distancia de las formas más convencionales de usar la teoría francesa, en particular Foucault, para pensar el género dentro de los estudios culturales. Estas formas, visualizables de manera paradigmática en Médicos, maleantes y maricas, subsumen los textos literarios a las representaciones estigmatizadoras de las “desviaciones sexuales”; el discurso literario sirve al propósito de controlar y estigmatizar poblaciones consideradas peligrosas por la cultura patriarcal y burguesa hegemónica; las resistencias a esos disciplinamientos sólo se leen en las prácticas de escritura de los sujetos controlados y en el tango.

En conclusión, aún de modos diversos y hasta inconmensurables de leer, los textos de Ludmer, Salessi, Giordano y Pauls constituyen casos de la renovación de las concepciones de lo político y la literatura a partir de la lectura y los usos de Foucault, Deleuze y Derrida. Las intervenciones de estos críticos en torno al poder y a la politicidad de la literatura contrastaron con las notas principales de la recepción norteamericana de los autores franceses y, además, propusieron lecturas que tensionaron con otros modos de abordar la relación entre literatura, poder y Estado en las escrituras de Beatriz Sarlo. Por estos motivos, los autores incluidos en la “French Theory” o el postestructuralismo son insoslayables para comprender las discusiones literarias y políticas en el período posdictatorial de la crítica argentina.

Obras citadas

- Casullo, Nicolás. *El debate modernidad-posmodernidad: edición ampliada y actualizada*. Retórica, 2004.
- Catelli, Nora. “Asimetría: espectros del comparatismo en la circulación de la teoría”. *Badebec*, vol. 8, n.º 15, 2018, pp. 179-198.
- Cusset, François. *French Theory: How Foucault, Derrida, Deleuze, & Co. Transformed the Intellectual Life of the United States*. University of Minnesota Press, 2008.
- Dalmaroni, Miguel. “Hasta que la muerte las separe. Crítica literaria y teoría en la Argentina (algunas notas)”. *El Taco En La Brea*, vol. 2, n.º 8, octubre de 2018, pp. 101-9.
- _____. “La moda y 'la trampa del sentido común'. Sobre la operación Raymond Williams en *Punto de vista*”. *Orbis Tertius*, vol. 2, n.º 5, abril de 1997, <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv02n05a01>
- _____. *La palabra justa. Literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960-2002*. RIL Editores, 2004.
- De Diego, José Luis. *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. Ediciones Al Margen, 2007.

- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Kafka. Pour une littérature mineure*. Minuit, 1975.
- De Man, Paul. "The Resistance to Theory". *The Resistance to Theory*, University of Minnesota Press, 2002, pp. 3-19.
- During, Simon. *Foucault and literature. Towards a Genealogy of Writing*. Routledge, 2005.
- "Encuentro con Josefina Ludmer". *Orbis Tertius*, vol. 4, n.º 7, noviembre de 1999, <https://www.orbistertius.unlp.edu.ar/article/view/OTv04n07e01>
- Funes, Leonardo. "Teoría Literaria: una primavera interrumpida en los años setenta". *Actas de las I Jornadas de Historia de la Crítica en Argentina*, 2009, pp.79-84.
- Gerbaudo, Analía. "Al margen de las garantías disciplinares, Josefina Ludmer". *Katatay*, vol. VII, n.º 9, 2011, pp. 83-93.
- _____. "El Derrida de Josefina Ludmer y otras figuraciones en las clases de los críticos (1984–1986)". *Primer Coloquio de Avances de Investigaciones del Cedintel*, 2013, http://www.fhuc.unl.edu.ar/media/investigacion/publicaciones/CEDINTEL_coloquio_final.pdf
- _____. "La contraofensiva parauniversitaria durante la última dictadura argentina: el caso de *Lecturas críticas*". *Iberoamericana*, vol. 15, n.º 58, 2015, pp. 101-121.
- Giordano, Alberto. *Manuel Puig. La conversación infinita*. Beatriz Viterbo, 2001.
- Gramuglio, María Teresa. "La crítica de la literatura. Un desplazamiento". *Punto de vista*, vol. XXI, n.º 60, abril de 1998, pp. 3-7.
- Hidalgo Nácher, Max. "Los discursos de la crítica literaria argentina y la teoría literaria francesa (1953-1978)". *452°F*, vol. 12, 2015, pp. 102-131.
- _____. "Presentación. Circulaciones latinoamericanas de la teoría". *Revista landa*, vol. 7, n.º 2, 2019, pp. 147-157.
- Incaminato, Natalí. "Jacques Derrida en Josefina Ludmer. *Clases 1985 y El género gauchesco*. Un tratado sobre la patria: ley, límite, indecibilidad y autorreferencia". *Literatura: teoría, historia, crítica*, vol. 21, n.º 2, 2019, pp. 173-200.
- Lacalle, Juan Manuel y Migliore, Majo. "Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte IV (1976–1985)". *Luthor*, vol. VII, n.º 26, 2015, <http://revistaluthor.com.ar/spip.php?article133>
- _____. "Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte V (1986–1989)". *Luthor*, vol. VII, n.º 30, 2016, <http://revistaluthor.com.ar/spip.php?article157>
- _____. "Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte VI (1990–1999)". *Luthor*, vol. VIII, n.º 33, 2017, <http://revistaluthor.com.ar/spip.php?article173>
- Louis, Annick. "Prólogo". *Josefina Ludmer. Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria*, Paidós, 2015, pp. 13–28.
- Ludmer, Josefina. *Aquí América latina: una especulación*. Eterna Cadencia, 2010.
- _____. *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria*. Edición y prólogo a cargo de Annick Louis. Paidós, 2015.
- _____. *El cuerpo del delito. Un manual*. Perfil Libros, 1999.
- _____. *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Sudamericana, 1988.
- _____. "El lugar de la resistencia". *Radar. Página 12*, 10 de julio de 2001.
- _____. "Los géneros de la patria". Entrevista de Eduardo Rinesi y Horacio González. *El ojo mocho*, n.º 5, 1994, pp. 28-44.
- Panesi, Jorge. "Las operaciones de la crítica: el largo aliento". *Las operaciones de la crítica comp. por Alberto Giordano et al.*, Beatriz Viterbo, 1998, pp. 8-21.
- Pauls, Alan. *Manuel Puig. La traición de Rita Hayworth*. Hachette, 1986.

- Peller, Diego. “Dos primaveras, ¿hacen verano? La institucionalización de la teoría literaria en la Argentina y sus relatos”. *El Taco En La Brea*, vol. 2, n.º 8, octubre de 2018, pp. 138-150.
- _____. *Pasiones teóricas en la crítica literaria argentina de los años setenta*. Tesis doctoral UBA, 2012.
- _____. “Viñas y la crítica. Relecturas y ajustes de cuentas: de *Los Libros a Punto De Vista* y más allá”. *El Matadero*, n.º 8, 1, 2014, pp. 13-26.
- Salessi, Jorge. *Médicos, maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina (Buenos Aires: 1871-1914)*. Beatriz Viterbo, 1995.
- Sarlo, Beatriz. *Clases de literatura argentina*. Edición de Sylvia Saítta, Siglo veintiuno editores, 2022.
- _____. “Los Estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa”. *Revista de Crítica Cultural*, n.º 15, 1997, pp. 32-38.
- _____. “Raymond Williams: una relectura”. *Punto de Vista*, vol. XVI, n.º 45, abril de 1993, pp. 12-16.
- Vitagliano, Miguel. “Variaciones sobre un punto: notas de trabajo sobre teoría y crítica literaria”. *Perspectivas actuales de la investigación literaria*, comp. por Martín Ciordia et al., Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2011, pp. 123–154.